por dentro y por fuera, en línea recta y curva, entrecruzándose, algunas interrumpidas aquí y allá; otras contínuas como un rayo de luz, y algunas casi ocultas del todo por los troncos de los árboles, viéndose detrás de ellos un resplandor difuso semejante al de un incendio; otras tan cercanas, que parecían hallarse á pocos pasos; otras lejanas, visible apenas, distinguiéndose á veces y á veces no, y en el llano y en las colinas, por todas partes, llamitas y grupos de puntos luminosos y vacilantes fulgores y un bellísimo y estrellado cielo semejante al reflejo de tranquilo é inmenso lago.—¡Ah!—exclamó nuestro amigo después de algunos instantes de muda contemplacion y agitando una mano hácia Florencia:

—¡Seductora!

Despues lanzó un suspiro y murmuró:

—¡Adios, Florencia!

Y bajó. Había entrado la noche.

DISTRIBUCION DE PREMIOS

[Florencia 15 de Junio de 1871.]

La mañana de 15 de Junio de 1871, en el cláustro grande de Santa María Novella, se verificó la distribucion solemne de los premios á los alumnos de las escuelas municipales.

Al ver los carruajes y las personas que se atropellaban en la plaza, y en la calle de la Scala hácia las once, nadie habría imaginado que tan gran muchedumbre fuese atraida por un espectáculo en el cual eran los actores principales, niños.

Pero hay muchas cosas de los chicos que hacen palpitar el corazon de los hombres. Y bastaba echar la primera ojeada alrededor, penetrando en el pátio del cláustro, para comprender que la distribucion de los premios era precisamente una de estas cosas á que antes aludia.

El patio, vasto como una plaza, cerrado de pórticos, dominado de ámplia galería por un lado, y cubierto por un gran toldo, parecía á la vez sala y jar-

din. Los arcos de los pórticos, las columnas, las ventanas, estaban adornadas por pabellones, banderas, coronas, guirnaldas de laurel y ramos de flores. En medio de uno de los lados se levantaba un pabellon circundado de plantas; á la derecha los bancos de los alumnos que iban á ser premiados; á la izquierda los sitios destinados á los padres; más allá, hácia el centro del patio, dos tribunas, una para la banda de música y otra para los arpistas que habian de acompañar el canto de las niñas. El resto del espacio hallábase cubierto de largos bancos colocados de modo que el público mirase á la presidencia, donde el alcalde debia llamar á los alumnos para darles los premios. Treinta piés derechos sostenian el gran dosel, así como el toldo de que se hizo mencion, y de las vigas se izaban gallardetes, oriflamas, estandartes y guirnaldas que los unían entre sí. Cada cosa se hallaba arreglada con la sencillez y gracia propia del espectáculo y de los actores; colores vivos y fragancia por todas partes; placeres infantiles y un sitio alegre y risueño.

Antes de entrar, ya pudo gozarse de un espectáculo que predisponia el ánimo al más grandioso que habia de contemplarse despues.

En la calle de la Scala, y por la que se aproxima á la estacion del ferro-carril, el que se hubiese asomado á la verja de los jardines contiguos al cláustro, habría observado aquí y allá á la sombra de los árboles, grupos de chicos, corros de niños inmóviles y silenciosos como compactos batallones en el acto de espe-

rar el combate. A las diez y media empezaron á colocarse de dos en fila, moviéndose en direccion del mencionado patio. Todo se había arreglado y concertado minuciosamente, y todo, con efecto, salió á pedir de boca.

Fué un momento delicioso el de verlos entrar.

De las tres ó cuatro puertas por las cuales aparecieron, semejaban torrentes cuyos diques se rompieran. Empezaron á desfilar y no acababan nunca. Escuelas elementales, escuelas técnicas, liceos, gimnasios, institutos privados; despues dos largas filas de jovencillos impetuosos venían poco á poco de la mano mirando alrededor con rostros de admiracion y sorpresa, y prorumpiendo en un continuado *¡oh!* al penetrar en el vasto recinto; centenares de criaturillas que parecía que no podían mantenerse en pié y que necesitaban llevarlas de la mano para que no cayeran en el momento de bajar las escaleras del pórtico.

Despues de estos, otros mayores; luego los grandes y las muchachas; despues de las niñas, aquellas cositas diminutas de antes, y así sucesivamente.

Pobres y ricos, chaquetas elegantes y telas remendadas, zapatitos de charol y zapatones de becerro blanco se sucedían en las mencionadas filas; á veces hallábanse tan restringidas en pequeño círculo todas estas variedades, que con un solo abrazo hubiérase podido levantar en el aire un haz de hijos de marqueses, de tenderos y de obreros entrelazados á manera de cerezas sacadas en un puñado de gran cesto. Pero en todos, áun en los más pobres, aparecía

la huella de la mano materna; ropas viejas, pero cepilladas; nudos y lazos de corbata, hechos con gracia y gentileza; cabellos indómitos, dominados en parte por un peine pertinaz, pero que á trechos no consiguió aplacar ciertas crestas y remolinos...

A las once se empezó á abrazar con la mirada el conjunto del espectáculo.

Era un golpe de vista encantador.

En medio de todo, los muchachos—miles—estrechos, apretados, formando un empedrado de cabezas sobre fondo de color oscuro. Alrededor una corona de niñas, vestidas de colores claros y que hacían resaltar la circunferencia del círculo hasta en los puntos más lejanos, como si fueran guirnaldas de rosas, cerrando guirnaldas de pensamientos y violetas. Veíanse á un lado y otro del patio, en los últimos términos, aquellos vestiditos blancos, azules, amarillos, encarnados, y sobre aquella franja variopinta, una gran agitacion de cintas, velos, abanicos, un gran movimiento de manitas y bracillos con resplandores graciosos, y torbellinos de diversos tocados y de cabelleras rizadas de todos los matices imaginables; era, en fin, verdadero seto vivo, florecido por todas partes y sacudido por el viento.

El perfume esparcido por el aire, acaso procedía de ellos mismos y no de las flores.

Largo espacio de tiempo se requirió para que cada cual estuviese quieto en su sitio. Antes, de banco en banco, y de lugar en lugar, hubo un ataque y un motin, hasta que las maestras en voz baja consiguieron

ser obedecidas, no sin sonrisas picarescas y caras ocultadas. Alrededor de la tribuna de la música se necesitó gran trabajo para disponer á las cantantes, llamando de uno y otro lado á las artistas microscópicas con las voces de mando siguientes:—aquí las contraltos,—aquí las tiples,—á este otro lado *las solistas*.—Y todas iban atravesando por entre la muchedumbre hasta colocarse cada una en su puesto, anhelantes, con las caritas encendidas por el rubor y cuchicheando de tal manera, que aquel rumor confuso parecía el piar de una bandada de pájaros.

¡Cuánta vida y cuánta alegría!

No hablo del público; en el patio, bajo el pórtico, sobre la galería, por todas partes había gente. Debajo del dosel presidencial, un grupo de personajes ilustres, á quienes el público no curioseaba por falta de tiempo; pues no queria perder ni el más mínimo movimiento de aquel maravilloso espectáculo que ofrecieran los niños.

Los aspirantes al premio, sentados á la izquierda de la tribuna, se reconocían fácilmente por el aspecto del semblante. Por el rostro tambien se podía reconocer á los padres colocados en frente. Y entre derecha é izquierda se estableció una constante corriente de comunicacion, buscándose los unos á los otros con la mirada, haciéndose señas de comun inteligencia, sonriendo, y cambiando más vivamente este lenguaje, elocuente, aunque mudo, á cada órden ó acto del alcalde ó de cualquier otro que indicase la proximidad del principio solemne de la fiesta. La traduccion de

todos aquellos simbólicos idiomas podía resumirse en una frase:—¡aquí estamos!—Felices instantes á la verdad, y conmovedor, ciertamente, el aspecto de aquellos padres, gentes de todas las clases sociales, ricos y pobres, confraternizando en un sentimiento de comun placer.

Un aplauso general anunció que la funcion iba á dar principio: miles de niños saludaban al Alcalde mientras este recorría todos los lugares para cerciorarse de si se cumplieron sus órdenes.

La banda de la guardia nacional tocó una sinfonía. Acabada, todos callaron, y en medio del más profundo silencio el Alcalde Peruzzi pronunció el siguiente

DISCURSO

"Al contemplar, señores, el espectáculo de este vasto recinto, donde alrededor de miles de jóvenes se encuentran miles de ciudadanos, ninguno deja de comprender y de sentir lo verdaderamente popular y santo que hay en esta fiesta de la adolescencia y de la infancia. No admirará ciertamente á nadie el aserto, si considera cómo en todos los tiempos han sido populares las fiestas que mejor respondieron á las necesidades, á los afectos, á los deseos de los pueblos. Los pueblos para los cuales era condicion de existencia vencer á los demás en fuerza y en destreza, traían entre la muchedumbre en triunfo á los vencedores en las luchas y en los juegos del Hipodromo y del Circo á fin de coronarlos en pública fiesta.

Hoy que por el contrario, tanto valen los pueblos

cuanto saben, hoy que la suerte de la pátria se confía á instituciones, fecundas solamente si se realizan con sabiduría y virtud, hoy que para proveer á las necesidades del porvenir es menester desarrollar con inteligente trabajo los elementos de riqueza de la nacion, hoy nuestras esperanzas están en la generacion que avanza pisando ya nuestras huellas; y de aquí que sea universal el deseo y universal el propósito de que se prepare y adapte á las condiciones exigidas para fecundar los gérmenes esparcidos atrevidamente por unos cuantos en la generacion á que nosotros pertenecemos y que ciertamente no está preparada lo bastante para desarrollarlos en todo cuanto requieren las reformas.

Por esto se han reunido aquí magistrados y ciudadanos, con objeto de demostrar á los profesores en qué precio se estiman sus benéficas fatigas, y á los discípulos cuánto espera de ellos la opinion pública. No lamentan los contribuyentes el aumento de los gastos municipales verificados para mejorar y multiplicar las escuelas; por esto jamás nos faltará el auxilio liberal, generoso, eficaz, de las señoras y de los ciudadanos, ora para vigilar las escuelas, ora para presidir los exámenes y concursos, ora para estudiar nuevas organizaciones y reformas. Por esto tambien crece rápidamente el número de los alumnos, los cuales en las escuelas elementales han superado al presente en la cifra de 2.212 sobre el año anterior; ya no bastan las escuelas para acoger cuantos solicitan ingreso, á pesar de que á las 138 clases que se tenían

en el precedente año se han agregado 25 habiéndose aumentado al propio tismpo el número de los 180 profesores á 211. Y si no obstante la cifra de los premios es menor relativamente en la actualidad con respecto al curso anterior, no debe en manera alguna deducirse de ello nada que desanime á maestros ó discípulos; sirva antes bien de estímulo el hecho, que, después de todo, significa que se aprecia más minuciosa y escrupulosamente cada dia la importancia del rigor que emplea el Gobierno en la direccion de Instruccion pública.

Todavía queda mucho por reformar en la organizacion de la instruccion primaria si se ha de huir del peligro de la ignorancia; y á fin de que crezca con el número de los escolares el de los más estudiosos, es preciso emprender reformas que estimulen á los mismos con objeto de difundir más y más la cultura de la inteligencia y del sentimiento, y que su vida honesta temple el carácter y forme costumbres públicas.

Al dar hoy estos premios más apreciables que nunca por la severa parsimonia observada al conferirlos, me dirijo al propio tiempo con efusion á todos vosotros beneméritos profesores y queridos alumnos: á los maestros, para darles gracias; á los premiados, para que no se duerman en los laureles; á los demás, para que no les descorazone en el trabajo el aguijon de la envidia; sea para todos premio, ora la satisfaccion de haberlo conseguido, ora el deseo de merecerlo en lo porvenir.

La suerte venturosa de nuestra patria conducirá á

algunos de vosotros á la ciudad de la cual Florencia fué hija amorosa en todo tiempo; y al daros el último amante adios me sirve de consuelo la esperanza de que ante la majestuosa grandeza de nuestros mayores, se encenderá más puro el amor á la patria, á la virtud, á la ciencia é ireis progresando en los estudios en que os iniciásteis en estas escuelas, conservando de la ciudad, de los maestros, de los condiscípulos aquel recuerdo indeleble y afectuoso para el cual os prometo cordialísimo cambio.

Y vosotros que permaneceis aquí, no olvideis que Florencia tiene hoy mayor necesidad que nunca de ciudadanos sábios y laboriosos; contemplad la antigua y la nueva grandeza de esta ciudad que para hacerse digna de hospedar á la Italia y á su rey, rompió atrevidamente sus murallas, se extendió fuera del viejo círculo de Arnolfo, proveyó á todas necesidades morales y materiales con longanimidad, y á la reputacion y bienestar de sus ciudadanos añadió la conciencia de sus deberes. Estos deberes los cumplireis desde ahora en adelante, ¡oh jóvenes! si os sabeis capacitar para desenvolver más tarde las fuentes de la privada y de la pública prosperidad con la virtud y el trabajo intelectual y material."

Terminado el discurso que fué escuchado con recogimiento y aplaudido, al terminar se distribuyeron los premios á los alumnos del instituto Ximeniano, del Liceo, del Instituto florentino, de los Gimnasios y de las Escuelas técnicas. Los alumnos eran llamados uno á uno ante el alcalde que les entregaba

sus medallas acompañando la accion con alguna palabra de alabanza.

Adelantaban los adolescentes con paso incierto, algunos con el semblante pálido, otros sofocados por el rubor, todos con ojos brillantes y lábios convulsos; se comprendía que aquellos corazones latían con fuerza y que necesitaban encontrarse solos, en un pequeño círculo, en casa, y allí dar rienda suelta á la enfrenada alegría. ¡Cuántos sudores, cuántos pequeños sacrificios de solaces infantiles, cuántas vigilias fatigosas se presentaban á su mente en aquel punto, y con cuánta alegría se recordaban y con cuán profundo entusiasmo se bendecían!

Sobre ciertos rostros resplandecía el orgullo de la victoria; bajo ciertos cerrados entrecejos brillaban ojos soberbios: eran figuras nobles y hermosas.

Despues de esta primera distribucion de premios debían cantar las alumnas.

Y se produjo un silencio general.

Las voces al principio resonaron inciertas, notándose claramente la trepidacion de los corazones en aquella emocion; pero poco á poco fueron convirtiéndose en seguras, resultando un alto canto sonoro conmovedor, arrancado del alma.

¡Parecía una oracion, á la cual no se podría negar nada que en la plegaria se pidiese! En aquellos versos se invocaba á Italia; y venía á la mente el deseo natural de sorprender sobre aquellos lábios de niñas este nombre querido y recoger, mientras lo proferian, la expresion de los semblantes y la luz de los ojos. Sería

una ilusion, pero se se había tomado por cosa real un deseo vivísimo que nos asaltó... nos parecía ver surgir de aquellas niñas, un pensamiento ideal en aquellas blancas y puras frentes de las futuras madres de obreros, de soldados, de filósofos, de artistas. Pero lo que es cierto, sin duda, es que aquel nombre pronunciado por ellas sonaba mejor que nunca á nuestro oido y salía de aquellas bocas inocentes purificado y bendecido; parecía que al pronunciarlo otorgaban un bien á Italia y nacía en nuestro pecho el anhelo de gritar:—¡Decidlo todavía!

Despues del canto, fueron distribuidos los premios á los alumnos de las escuelas nocturnas y á las alumnas de las escuelas de adultos.

Aquí tocó su vez al canto de los niños; de repente reinó profundísimo silencio; estábamos como en el teatro en un instante de íntimo recogimiento.

Sonó la música.

De pronto, mil voces resonaron en el vasto recinto. Era un himno á Italia, al estudio y á la virtud; una música sencilla é inspirada. Un coro de artistas no hubiera llegado á conmover el corazon en una fibra tan honda. No se puede decir la gentileza, la frescura, la viveza y animacion que revelaban aquellas voces libertadas de las pequeñas prisiones de aquellos pechos, ni con qué vigor virginal llenaban los aires con su eco. Cada minuto era mayor la afinacion y la fuerza del canto; crecía por segundos el ardor de los niños excitados por el sonido de su propia voz; cada uno ponía algo suyo, en que desfogaba un

propio afecto, como si quisiese decir algo á sus compañeros de su emocion; infinita riqueza de tonos esmaltaba aquel canto; á las veces parecía una plegaria, otras un himno patriótico, ora la guerra lo enardecía, ora lo dulcificaba otros sentimientos; todos los semblantes diminutos miraban al cielo, todos los ojos radiantes expresaban la chispa del entusiasmo, y conmovía el aspecto de aquellos mil niños animados por un solo soplo. Los largos y pacientes cuidados de los maestros se manifestaban en un punto, al propio tiempo que quedaban recompensados con aquel canto. Sin embargo, resultaba tan espontáneo, que nadie hubiese creido fuese hijo del trabajo duro y penoso de la enseñanza. Todos estos pensamientos y todas estas observaciones se confundían en el ánimo de los espectadores, expresándose en una constante palpitacion de admiracion afectuosa.

Distribuyéronse despues los premios á los alumnos de las escuelas elementales de niños, y entonces se adelantaron estos, siendo la escena más conmovedora y más hermosa.

¿Cómo—se decía al ver aparecer á los más pequeños,—aquella criaturita ha obtenido el premio? ¡Pero si parece que ahora empieza á andar! Ahora le dan el diploma; bueno será que lo tengan de la mano si no ha de caerse en las gradas: ¡pobre ángel!

Siguió la *Preghiera* del *Moisés*, cantada por las niñas y los niños á la vez, perfectamente concertados y con un arranque admirable.

Luego se repartieron los premios á las alumnas de

las escuelas elementales de niñas, y la música, finalmente, terminó el espectáculo.

Empezando por el Alcalde, y acabando por el último maestro de las escuelas elementales, debería prodigarse alabanzas á todos, hasta á los muchachos que ataron los ramos de flores y á las mujeres del pueblo que han peinado á sus chiquillos, puesto que todo ha contribuido á la espléndida y solemne fiesta; otros lo harán, yo he dicho ya acaso demasiado, y añadiré solo pocas palabras.

Este espectáculo enseña é inspira. Ante él cada uno de aquellos mil niños de obreros ha podido decirse á sí mismo:—Sí, yo soy pequeñin, pobre, me alimento de pan negro y me visto de trapos, me desconoce el mundo, sirvo de objeto de compasion á los pocos que me conocen; pero si quiero, si estudio, si trabajo, puedo reunir en un dia diez mil personas, á toda esta gente, la flor de los ciudadanos de mi ciudad natal, y obligarles á estar quietos y callados, como ahora, para oir mi nombre y hacerles adelantar la cabeza para verme y murmurar:—Hélo ahí,—y decir á sus niños vestidos de terciopelo:—Ya lo veis, imitadlo.—Puedo hacer que se sienten en aquel banco mi padre y mi madre, y que me miren cuando el alcalde me llame y yo atraviese solo, fijándose todos los ojos en mí, envidiándome unos y otros, hasta los señores.—Puedo hasta hacerles llorar de alegría, aquí, delante de todos, mientras toca la música y el público aplaude.—Puedo hacerlo, si quiero, y lo haré. Lo hicieron Fulano y Zutano, que son pobres como

yo, y no tienen más talento. Soy capaz de no acostarme por las noches. ¿No tengo luz? Yo haré que me den los vecinos los cabos de vela. ¿No tengo sitio en casa? Estudiaré, aunque sea en el soterrado. ¿Que me vendrá el sueño? Pues bien, me diré á mí mismo:—¡Arriba, despiértate! y me despertaré y estudiaré.

¡Quién puede abarcar lo que en aquellos momentos, al son de la música y de los aplausos, se desarrolló en aquellos pequeños cerebros exaltados; qué gérmenes de nobles ambiciones se desenvuelven, cuántos bellos propósitos de sacrificios y de trabajos se elaboran, qué esperanzas, qué visiones lejanas de gloria y de felicidad surgen de improviso!

¡Quizá tambien aquel espectáculo causa secretos dolores! Muchos niños habrán trabajado y esperado, perdiendo al fin sus ilusiones; la medalla adornó el pecho de otro, y allí lo ven orgulloso y feliz; tal vez al volver á casa se dejarán vencer del descontento, arrojándose en brazos de los padres, anegados en llanto. No importa: son dolores saludables y fecundos. Años despues, cuando sean hombres, y hayan sufrido tristes pasiones, y les aflijan desengaños; quizá en el momento en el cual el amor al trabajo, el sentido del bien, el propósito antiguo de honesta y tranquila vida, todo esto, en fin, al borde de arrancárselo del alma y perderse aquel individuo para siempre; quizá en aquel momento será para ellos un recuerdo poderoso y amante el recuerdo de haber llorado, escaldando sus mejillas lágrimas de pesadumbre por no haber conseguido la medalla de la escuela.

Es una enseñanza este espectáculo; es una inspiracion para los niños, para los padres, para todos.

Infeliz aquél que al oir aquellos cantos no ha sentido algo en el alma que se abre y se dilata fuera del giro de los pensamientos y de los sentimientos habituales, algo como un largo espacio sereno que rompe de repente un cielo velado; aquél que en ese coro de voces no creyera sentir confusamente el sonido de una voz severa que le decía en tiempo atrás:—¡Estudia!—y otra más sumisa y afectuosa, casi eco de la primera, que añadía:—¡Sé bueno!—aquél que no haya sentido en aquellas voces una amonestacion, un consejo, una excitacion al trabajo; aquel que no haya experimentado el deseo de procurarse por medio de la actividad, un instante al ménos del gozo inefable que resplandecía en las pupilas de los premiados; aquél que no haya formado el propósito de dedicar á sus padres viejos y alejados, un rayo de la consolacion altanera y serena que brillaba en el semblante de aquellos angelitos; aquél que no se haya amargado por no haberles proporcionado á sus padres tales consuelos cuando era niño, y no sienta la amargura de no haber pensado jamás en dárselo; aquél que no sintiéndose conmovido con una mezcla de infantiles mañas y de resoluciones viriles, no intente volver á empezar para reparar y ganar el tiempo perdido... ese no ha experimentado un sentimiento de gratitud hácia esos niños, los cuales, sin saberlo, nos censuran y nos enseñan tantas cosas...

Aquél, por último, que desespere de poder resucitar sus esperanzas y enardecerse con semejante ardor infantil... ese, ni ama á los niños, ni envidia la pureza de sus alegrías.

Pero el pensamiento no se detiene en aquel tropel de chiquillos que se vieron y escucharon; la fantasía nos lleva fuera del recinto en donde se les reuniera; entrevé miles de blondas cabezas, otras multitudes compactas, unas tras las otras cada vez más confusas hasta perderse á lo lejos en un difuso color de oro y rosa; y hasta en aquellos últimos términos llegan á nosotros músicas y cantos. Es toda la generacion italiana que avanza, que se asoma á la vida saludando á la patria con un magnífico himno al trabajo. ¡Trae consigo una edad mejor; nosotros no la veremos: qué importa!

¡Benditas estas legiones de niños que nos la prometen y anuncian, advirtiéndonos que el tiempo es rápido y que ya nos alcanzan en la carrera de la vida, y nos amonestan, en fin, para que nos apresuremos á pagar á Dios, á la humanidad, y á la patria nuestra deuda de trabajo y de buenas obras!

¡Bendito sea este grandioso concierto de voces infantiles! Es el grito que inflama en nosotros,—flacos soldados,—el ardor de la batalla; tenemos necesidad de él, puesto que nos hace apresurar el paso y levantar la frente al cielo!

LA BATALLA DE SOLFERINO Y SAN MARTINO (1)

«Por la Italia se lucha: venced
Su destino en la espada os dará.»
Alejandro Manzoni.

Apercibidos para la batalla se encontraban, de una parte un poderoso ejército famoso por largas y obstinadas guerras, por su severa disciplina, por sus gallardas virtudes de soldado, perseguido cuatro veces por la adversa fortuna, pero lleno aún del orgulloso atrevimiento, hijo de su antigua costumbre de omnipotencia é imperio; alentado por la presencia de un jóven monarca, osada y tenazmente resuelto á solemne desquite: espertísimo en aquellos parajes, en formidables parajes atrincherado y apoyado en otros más formidables todavía.

(1) Impreso en un Album que presentaron los venecianos al prefecto senador Torelli.